

## **Antropología Experimental**

<http://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae>

2025. nº 25. Texto 11: 143-156

Monográfico: Violencias etnográficas

Universidad de Jaén (España)

ISSN: 1578-4282 Depósito legal: J-154-200

DOI: <https://10.17561/rae.v25.10014>

Recibido: 01-03-2025 Admitido: 25-07-2025

# **Cuando el campo está atravesado por un *continuum* de violencias. Indagando sobre las alianzas como estrategias de confrontación**

**When fieldwork is affected by a continuum of violence.**

**Exploring alliances as strategies for confrontation**

**Inmaculada ANTOLÍNEZ DOMINGUEZ**

Universidad de Cádiz (España)

[inmaculada.antolinez@gm.uca.es](mailto:inmaculada.antolinez@gm.uca.es)

**Esperanza JORGE BARBUZANO**

Universidad Pablo de Olavide (España)

[ejorbar@upo.es](mailto:ejorbar@upo.es)

### **Resumen**

Las dos autoras de este trabajo llevamos más de diez años participando en proyectos de investigación y/o acción social con mujeres en movilidad que viven diferentes tipos de violencias como las agresiones basadas en género, la explotación, la venta o la desaparición. Desde una revisión memorística (encarnada e interdependiente), este artículo reflexiona sobre la posible afectación de las violencias en las etnógrafas durante el ejercicio de habitar (y narrar) los contextos hostiles. En el proponemos indagar no tanto en las violencias experimentadas como en los vínculos establecidos y las estrategias desarrolladas para intentar evitarlas o minimizarlas en el trabajo de campo. Este accionar aliado reconoce las situaciones de vulnerabilidad (Butler, Gambetti y Sabsay, 2016) que todas, etnógrafas y participantes, compartimos (en diversas proporciones cada una) en un continuum de la violencia (True, 2020). Esbozamos entonces algunas de las experiencias de resistencias-alianzas que detectamos al analizar esta década de investigación etnográfica en contextos violentadores y de movilidades. Sin ánimo de ofrecer receta alguna para el trabajo de campo, compartimos aquellas prácticas que consideramos que ha sido parte del ejercicio de los cuidados de forma interdependiente. En primer lugar, analizamos el hecho de participar de forma compartida y colectiva en el campo como una estrategia de careo al rito iniciático profundamente patriarcal de hacer etnografía de manera individual. Por otro lado, exploramos las diferentes alianzas que se pueden tejer en el proceso etnográfico, desde las propias participantes, las organizaciones en terreno o las compañeras-amistades (académicas o no). Y, por último, reflexionamos sobre una serie de estrategias metodológicas relacionadas con la urgente y necesaria escucha de los objetivos de quienes portan la urgencia de la transformación dada la desmedida dimensión que para ellas toma este *continuum* de violencias. Escucha que consideramos esencial también para, en diálogo amplio, repensar qué son cuidados, qué son alianzas y qué son violencias.

### **Abstract**

The two authors of this paper have been involved in research and social action projects with women in vulnerable situations for over ten years. These women often face various forms of violence, including gender-based aggression, exploitation, trafficking, and disappearance. Using a reflective approach that emphasizes embodied and interdependent experiences, this article examines the potential impact of such violence on ethnographers as they inhabit and narrate hostile environments. Rather than focusing solely on the violence encountered in the field, we explore the connections formed and the strategies developed to mitigate its effects. This collaborative perspective recognizes the shared vulnerabilities (Butler, Gambetti, & Sabsay, 2016)

experienced by both ethnographers and participants, albeit to different degrees, along a continuum of violence (True, 2020). In this paper, we describe instances of resistance and alliance-building that emerged from over a decade of ethnographic research conducted in violent and mobile contexts. We do not intend to provide a prescriptive guide for fieldwork. Instead, we share practices that we believe contribute to the notion of interdependent care. First, we examine collective participation in the field as a strategy to challenge the deeply patriarchal tradition of conducting ethnography alone. Second, we explore the various alliances that can be formed during the ethnographic process—with participants, field organizations, or colleagues and friends, both academic and non-academic. Finally, we reflect on methodological strategies that respond to the urgent need for a pedagogy of listening. Such listening is essential for understanding the goals of those driven by the urgency for transformation, particularly in contexts of extreme violence. Engaging in broad dialogue is crucial for rethinking our concepts of care, alliances, and violence.

**Palabras  
Clave**

Continuum de la violencia. Resistencias. Alianzas. Etnografía  
Continuum of violence. Resistance. Alliances. Ethnography



### Habitar el camino y el relato de violencias en las rutas migratorias

El desandado de las rutas migratorias a partir de las localizaciones (geográficas, biográficas o emocionales) que las jóvenes y mujeres en movilidad esbozan en sus relatos ha sido nuestro punto de partida para desarrollar etnografías multisituadas y feministas (Marcus, 2014, Gregorio, 2019). Siguiendo sus huellas o sus palabras hemos articulado campamentos narrativos y efímeros, de tablero y metodología adaptable y mudable, desde los que analizar y narrar movilidades atravesadas por las violencias (y las resistencias). Y en ellos, hemos debatido muchas veces sobre las lonas y las estrategias que serían necesarias para conformar ese “estar etnográfico colaborativo” en espacio de protección mutua, frágil. Se trata de un tanteo torpe que se desmorona en ocasiones con cada nuevo espacio y en cada nueva historia de vida. Y que se vuelve a alzar al seguirlo debatiendo entre muchas. Entonces le damos algunas puntadas de hilo a las lonas y a las estrategias y seguimos avanzando, reforzando el hilvanado a veces, y metiendo tijera otras. Precisamente, en este artículo pretendemos reflexionar sobre el despliegue de esta salvaguarda mutante y siempre vulnerable, herible. Hablamos precisamente de esa dimensión activa de la vulnerabilidad (Butler, Gambetti y Sabsay, 2016) que, lejos de paralizar, lleva a engarzar mecanismos de alianzas protectoras y estrategias de confrontación.

En el desplazamiento, las viajeras que acompañamos desde hace más de una década habitan los traspatios de un mundo en disputa. Con nuestro “civilizado” ejercicio de ilegalización de movilidades y personas contribuimos al montaje de los escenarios invisibles en los que se deberán ocultar, a la vez que serán ocultadas. Así, en los no-lugares se podrá producir todo aquello que rechazamos como sociedad, pero que nos sostiene en el descompensado sistema de mercado y mercantilización de personas (Segato, 2018). El control territorial se extiende a todo tipo de geografías, también a las pieles y los orificios de las jóvenes y mujeres en ruta. “A las chicas que estaban en el grupo, se las reparten como un gusano. Tú, ahí, a acostar conmigo, tú, allí. La mujer no tiene valor, no tiene respeto, es nada, como una chancla” (Campamentos Narrativos<sup>1</sup>—en adelante CN—, 2018). Pero una chancla rentable como nos compartió un guía de la ruta del África occidental hacia Europa al señalar que “los hombres, cuando vienen mujeres, dicen que las mujeres son buen negocio” (CN, 2016). Yéndonos a otro punto del planeta, pero en diálogo con la idea anterior, a una cantina mexicana le falta una mujer hondureña explotada, nos comparte una viajera que había logrado escapar de un encierro del que se tira la llave “contigo dentro” (CN, 2022).

En nuestro trabajo etnográfico partimos del empeño de leer las experiencias encarnadas en estos territorios desde las huellas, las cicatrices que porta la “piel de joven viajera” convertida entonces en “pergamino que cuenta” (Jorge, Monday y Antolínez, 2021). Cuerpos que son una oportunidad andante de repensar el mundo, los mundos (también y sobre todo los posibles). Y que por ello los reconocemos como “el lugar de la vivencia, el deseo, la reflexión, la resistencia, la contestación y el cambio social” (Esteban, 2004, p. 54). En estudios previos localizamos como una huella fundamental de las violencias en las rutas migratorias precisamente el control extremo de lo narrable. Cierta concatenación de experiencias

<sup>1</sup> El término Campamento Narrativo hace referencia a los retales narrativos generados en los diversos escenarios del trabajo de campo. En siguientes citas, los nombraremos como CN.

violentas es entendida por las viajeras como una “fábricas de miedos” que asegura que el propio itinerario migratorio se convierta en una “escuela de silencios” (Jorge y Antolínez, 2018):

“Un *guide man* es una persona que trae de Nigeria hasta Marruecos. Cuando lo trae las pone en una casa y no puede salir ni hacer nada. Solo cuando viene un chico y dice tú vas a ir con este chico esta noche y cuando termina, trae como prostitución. La chica no puede decir nada. No puede hablar porque le pega, la amenaza” (CN, 2018).

Sin embargo, en un contexto de violencias seguimos queriendo dialogar y analizar estas “escuelas de silencio” desde las estrategias de confrontación, de supervivencia. Aspiramos a ser capaces de percibir alguno de los tantos olores que contiene el término o el habitáculo supervivencia: la acacia que marca la bifurcación en el desierto del Teneré para que no se pierdan las caravanas, el aceite de la lata de sardinas para la pequeña fiesta de un estómago que escalará un muro para mirar al otro lado; la pus con sangre sobre el trozo de tela en la boca de una ahogada recogida en las costas europeas o en la braga de quien sigue el camino después de haber parido en “el forest”, quizás de Argelia, una niña que se llama Destiny y hoy cursa tercero de la ESO.

Ellas tienen la experiencia de los traspasos del mundo. Son las “mujeres estructuralmente viajeras” como nos enseñó Dolores Juliano (2000) haciendo énfasis en las condiciones estructurales de partida que las expulsa de sus territorios, de sus hogares (en el latín vulgar *focaris*, fuego, hoguera que debiera calentar, abrigar, y no dañar, quemar, mutilar o someter). Pero, también podríamos incluir las condiciones violentadoras estructurales de los “regímenes de movilidad” (Glick Schiller y Salazar, 2013) o de aquellas que les esperan una vez llegan a destino, sin reconocimiento pleno de derechos, y vinculadas a posibles formas de explotación, riesgo de expulsión o deportación.

Ellas son las que salieron a las rutas desoyendo el mandato de género y que recorren el planeta como “desviadas de la norma” (Juliano, 2005). Esas que, apoyándose de alguna precaria manera en nuestras metodologías de acompañamiento a la construcción de relatos, se atorán la garganta de palabras y memoria para narrarnos las mutaciones encarnadas de una sistemática violencia en un “tercer país”, como llama Gloria Anzaldúa (2016) a los territorios de frontera o de tránsito. Aquellos territorios a los que nadie se alarga a mirar, hasta el punto de hacer creer que ni siquiera existen.

Uno de los primeros mapas-guía que elaboramos sobre papel de embalar con rotuladores que no siempre pintan o que se agotan pronto (a veces nosotras antes que ellos), lo realizamos con un grupo de cinco mujeres en Algeciras en 2015. Cada una eligió un color para marcar su trayecto. Así, largas hileras verdes, azules, amarillas o anaranjadas ondulantes recorrían el contorno de un África occidental y norte dibujado entre todas. Se empleó para ello mucha goma retocando y perfilando un mapa que no terminaba de representar su continente. Sobre esta “imaginería geográfica” decidieron analizar y colocar los puntos donde habían vivido mayor índice de violencia en los caminos que recorrieron. Eligieron para estos puntos el color rojo. Señalaron Maghnia, en Argelia “donde se venden mujeres”; el cruce del Mediterráneo (que hoy sería del Atlántico hacia Canarias) con aguas que reciben el pataleo absurdo de personas que se desploman a sus fondos mientras en las embarcaciones rotas se gritan rezos en tantas lenguas; las casas de Malí, donde se les colocó un hombre o tres hombres encima por primera vez; el desierto del Sahara, que acuna huesos secos al sol; o, entre otros, un Benin City, en Nigeria, que veía salir en fila a sus jóvenes con dos engaños en los bolsillos y una promesa no dicha de sometimiento mercantilizable hacia una Europa de “leche y miel”.

Este primer paisaje geográfico fue puesto en discusión crítica con los diferentes esbozos espaciales hechos por distintos grupos de mujeres (en tránsito o varadas tras fronteras) en distintos puntos de las rutas. Lo complementaron (siempre en redefinición) al nombrar los escenarios desde otras biografías y otras estrategias de transformación. En un diálogo entre cuatro territorios (Bamako, Malí; Tánger, Marruecos; y Canarias y Andalucía, España) 50 mujeres concretaron el paisaje del viaje a partir de hitos visuales narrativos. Así, vemos iconográficamente, entre tanto más: una niña con traje de novia y lágrima, una balanza amputada de justicia, una cuchilla para la mutilación genital, un expolio colonial o una repetición de mujeres saliendo vinculadas a la trata; además de, armas, sangre, desiertos y hambre, fuego, cuerpos rodeados de billetes, bocas abiertas, cuchillos, calavera y espaldas dobladas sobre los cultivos de cualquier fruto que hoy o mañana cortaremos sobre yogurt (de leche o de soja).





En muchas ocasiones no sabemos cómo narrar etnográficamente estos territorios-cuerpos heribles sin mudar las palabras atreviéndonos a llevarlas lingüísticamente a límites que nos descompensen la lectura y nos provoquen estar (de alguna manera) en esos abismos. ¿Cómo nombrar una laguna desecada en Sinaloa, convertida en fosa a base de ocultar cuerpos a no más de metro y medio de profundidad? ¿Cómo narrar que, en el cementerio de Frontera, en la isla de El Hierro, las lápidas de personas muertas en naufragios (muchas sin nombre) tienen pequeños barcos de papel rellenos de arena? ¿Cómo relatar la conversación de una joven marroquí que le explica a una compañera nigeriana que las mujeres sí tenemos placer entre las piernas, que si duele es porque nos están rompiendo? ¿Cómo describir que luego ambas rieron mucho mientras la primera le hacía un dibujo definiendo las partes de la vagina sin mirar el papel “porque es pecado”? Como principiantes de deseables nuevos lenguajes, con frecuencia nos vemos haciendo algo parecido a una artesanía de palabras. Ello no sólo porque los hechos o las violencias o las resistencias en sí se desbordan del acotamiento terminológico sino, sobre todo, porque repensar el lenguaje etnográfico es parte fundamental del repensarnos etnógrafas.

Una zapatilla de bailarina o un zapato de tacón con brillantes despuntando en una ladera de un “botadero” en Tijuana, no sólo son calzado, son ecos de presencia de las que fueron ausentadas. Y los designamos ecos porque son lo que queda perceptible de las historias que han querido borrar. Ecos que guían los palos largos que hincan las madres entre las cenizas de las hogueras o los desechos de los basureros porque, “no se molestan en enterrarlos, los botan” (CN, 2022).

**Figura 3:** Huellas geográfica y corporal de desaparición



Fuente: Elaboración propia

### **Premisas ético-teóricas de un “nosotras” amplio**

Beatriz Pérez Galán llevaba tiempo preguntándonos sobre nuestra experiencia como mujeres etnógrafas en estos contextos de investigación que acabamos de describir. Quizás la propia dimensión exacerbada del daño que pueden vivir las viajeras de movilidades inseguras nos limita la posibilidad de abordar y dar calibre a las violencias (también sexuales) que hemos experimentado y aquellas que hemos conseguido no llegar a vivir. Es cierto que nuestra identidad de género nos ubica de partida en una situación de considerable vulnerabilidad en los contextos anteriormente expuestos. Sin embargo, no les habíamos dado un lugar en nuestra reflexividad metodológica, ni siquiera en nuestros diálogos personales. Posiblemente, la propia estancia en espacios dotados de cierto grado de violencia constante (ejecutada o narrada) modera la percepción de los daños recibidos. Si a ello sumamos, desde un enfoque interseccional, la cantidad de privilegios que nos avergüenzan y que, por el contrario, desnudan de derechos a las viajeras, aún más difícil se nos hace mirarnos entre las violencias de todas.

El sólo hecho de que las etnógrafas podamos atravesar en nuestras movilidades un puesto habilitado portando un manojito de papeles con sellos, fechas y firmas, muestra la radical diferencia con aquellas viajeras que, en la misma frontera (a pocos metros), pueden estar: siendo devueltas “en caliente” (pongamos, mayo de 2021, Ceuta, España) ignorando su posible situación de protección internacional; o cruzando clandestinamente con un hijo en brazos para reencontrarse con una madre después de treinta años desaparecida en la ruta (pongamos, junio de 2023, Choluteca, Honduras)

Con estas incomodidades de partida se nos hizo fácil acogernos para este artículo al giro epistemológico y político que nos lleva en nuestras investigaciones a proponer analizar, por ejemplo, el daño desde los cuidados, o las violencias desde la supervivencia o las resistencias que se desarrollan. Así, reflexionaremos sobre cuáles han sido las alianzas que se han ido tejiendo —entre varias, entre muchas— para hacer

que nuestra experiencia etnográfica en contextos de tanta violencia (entre ellas, la sexual), haya estado atravesada también por un *ethos* del cuidado.

Para abordar esta cuestión, queremos compartir algunas premisas éticas y teóricas que exploramos en nuestros trabajos y que aplicamos ahora a esta reflexión desde un *nosotras* amplio que nos incluye como transitadoras y habitadoras de los contextos violentadores.

En primer lugar, creemos que es importante tener en cuenta que todas, en tanto mujeres, hemos estado atravesadas por una serie de violencias diversas que, como dijimos, nos afectan de forma diferenciada en función de nuestro lugar de opresión o privilegio. Para comprender estas violencias, Rita Segato (2003) analiza las estructuras de una sociedad patriarcal que favorece y reproduce prácticas de agresión hacia los cuerpos de las mujeres, hasta el punto de llegar a desaparecerlas. Russell y Radford (1992) categorizaron hace años los crímenes contra niñas y mujeres en diversas partes del mundo con el término “feminicidio”. Marcela Lagarde define la violencia feminicida como “las muertes violentas de niñas y mujeres como resultado de accidentes, suicidios, descuido de la salud y violencia, y, por supuesto, el conjunto de determinaciones que las producen” (Lagarde, 2008, p. 225). Sin embargo, según Segato, el feminicidio no sería la única modalidad de lo que define como “pedagogía de la crueldad”, entendida como “todos los actos y prácticas que enseñan, habitúan y programan a los sujetos para transmutar lo vivo y su vitalidad en cosas” (Segato, 2018, p. 27).

Con el objetivo de analizar cómo cobra forma esta “pedagogía de la crueldad” en los corredores migratorios del África occidental y central hacia Europa o de Centroamérica hacia Estados Unidos, propusimos hacernos eco del enfoque del *continuum* de la violencia. Liz Kelly acuñó el término en 1988 en estrecha relación con la violencia cotidiana que conduce a la violencia sexual. Sin embargo, dicho enfoque ha sido complejizado en diversos campos de estudio. Así, por ejemplo, en el marco de la investigación feminista sobre la paz, se incorpora el *continuum* de la violencia para cuestionar la definición de paz más allá de la ausencia o prevención de la guerra. Argumentan que la paz también debería abordar “la violencia perpetuada por las relaciones patriarcales de género dentro y entre grupos, incluyendo la socialización de individuos e instituciones colectivas que hace que la violencia no solo sea aceptable, sino también normativa y sistémica” (True, 2020, p. 85. Traducción de las autoras). De igual manera, la medición de la paz se ha basado en las muertes en el campo de batalla, sin considerar los daños ni las muertes causadas por estructuras sociales injustas, normas culturales y disposiciones legales profundamente patriarcales, normalizadas e incrustadas en las sociedades (Lawrence y Karim, 2007). Tampoco aborda la violencia lenta del cambio climático y los desastres relacionados con él que afectan desproporcionadamente a las mujeres y a las regiones desfavorecidas (True, 2020).

En esta línea, diversas autoras han propuesto una estrategia feminista para revelar cómo se prolongan las cadenas de violencia. Esta estrategia se basa en la ruptura de dicotomías clásicas, como guerra y paz, lo personal y lo político, o lo doméstico y lo público (Cockburn, 2004; Lawrence y Karim, 2007; Manjoo, 2012; Yadav y Horn, 2021). Asimismo, se fundamenta en un enfoque de género necesario en situaciones de conflicto, pero también de preconflicto y posconflicto, donde las mujeres viven experiencias diferenciadas que son, simultáneamente, causa y consecuencia de discriminación, desigualdad y opresión (Manjoo, 2012).

En este artículo no vamos a hacer un análisis de cómo el *continuum* de la violencia nos atraviesa; más bien, reconocemos el hecho compartido de que todas las que transitamos por esos espacios, estamos atravesadas por ello de una u otra manera, colocándonos en una situación de especial vulnerabilidad. Desde esta perspectiva, entendemos la vulnerabilidad no como una condición transitoria o excepcional relacionada únicamente con el *continuum* de violencias sino como una dimensión socio-ontológica y existencial que no puede ser erradicada. En este sentido, para Judith Butler, “vivir es siempre vivir una vida que se halla en peligro desde el principio y que puede ser puesta en peligro o eliminada de repente desde el exterior y por razones que no siempre están bajo el control de uno” (2010, p. 52). Desde esa perspectiva, Marta Fineman (2008) reivindica precisamente el “sujeto vulnerable” como categoría política que reemplace al sujeto autónomo y autosuficiente que promueve el actual neoliberalismo. Esta ruptura de la presunción de autosuficiencia conecta de forma radical con la interdependencia de los sujetos y los seres vivos para su supervivencia.

El habitar etnográfico que traemos a análisis, reconoce una presencia compartida o interdependiente que permite establecer alianzas de cuidados claves. Hablamos del estar cotidiano ético de Veena

Das (2006) que mantiene y refuerza los vínculos sostenedores de la vida, de la integridad, también en el trabajo de campo. Para ello, es preciso situarnos en los actos ordinarios, radicalmente encarnados que se van componiendo a partir de la experiencia que nutre una memoria individual interrelacionada, colectiva e histórica. Nos interesa analizar de ese habitar las rutas migratorias con las viajeras, el accionar diario en el espacio próximo y mínimo que compartimos. El espacio que es la calle, el camino o el hogar improvisado o efímero, el albergue de tránsito, el fuego para cocinar o el colchón con linterna que es habitación cuando se cuelga de una rama la mosquitera. Pero también el escenario de la explotación en el que nos encontramos con un redoble de despliegue de estrategias de cuidados (siempre interdependientes, como ya se ha señalado). ¿Cómo articular, montar, desmontar y readaptar la estructura del mecano que es la vida para reconocer los riesgos y despellejarle las posibilidades del daño?

Dado que todas las que compartimos el campo participamos también de una vulnerabilidad que nos conecta, quedamos interpeladas por una responsabilidad de protección de aquellas-nosotras, ya seamos investigadoras, fotoperiodistas o mujeres encapsuladas en la categoría “migrante”. Será a partir del mimbrado ordinario de acciones elementales, también en procesos etnográficos, desde el que detectamos que se ha construido un “cohabitar ético” confrontador de las violencias. Un cohabitar ético que reconoce la fragilidad para proponer, a partir de ella, vínculos sustentados en los cuidados, la reciprocidad y el compromiso. Precisamente, la propia negociación de ese compromiso que ha de ser colectivo, nos permitirá establecer los objetivos compartidos de los que pueda partir la investigación etnográfica.

En esta línea argumental, Butler, Gambetti y Sabsay (2016) proponen que la “vulnerabilidad emerge desde la relacionalidad del sujeto y es constitutiva de nuestra capacidad de acción” (p. 285). Precisamente, desde ese empeño por leer las resistencias en los contextos violentadores de las movilidades venimos analizando las prácticas corporales y los relatos biográficos de las viajeras como ejercicio de “agencia narrativa” (Jorge, Antolínez y Alonso, 2020; Antolínez y Jorge, 2020; Antolínez y Jorge, 2024). En este artículo pondremos especial atención en la localización de las alianzas entendidas como agencias para un cohabitar ético etnográfico en el *continuum* de la violencia que afecta a las que lo transitan y lo narran (también las etnógrafas).

### **Prácticas de resistencia en el *continuum* de la violencia: alianzas para un cohabitar ético etnográfico**

Comenzamos este apartado retomando la crítica de Nancy Scheper-Hughes (1983) sobre el trabajo de campo como un rito iniciático masculino realizado por un etnógrafo varón que viaja solo en una región lejana e inhóspita donde debe padecer todo aquello que le acontezca. Ese relato conlleva el riesgo de excluir el análisis de distintas variables relacionadas con las experiencias de las mujeres etnógrafas. Señalan Berry et al. (2017, p. 538, traducción propia) que “el carácter dado del trabajo de campo como un rito de paso individualista a menudo oscurece sus jerarquías y desigualdades raciales y de género constitutivas e interrelacionadas”. Desde esta perspectiva, y de manera específica, nos encontramos por ejemplo con una falta de abordaje de las violencias sexuales acontecidas en campo, tal como se viene evidenciando desde la literatura anglosajona (Kloß, 2017; Pollard, 2009; Mahmood 2008; Sharp y Kremer, 2006).

Frente a ello, y quizá como estrategia protectora no demasiado consciente, nosotras llevamos ya más de una década caminando y narrando las rutas las dos juntas. Así, habitamos los contextos violentadores desde la certeza de que esta alianza ha servido, por un lado, para minimizar los riesgos ante posibles agresiones. Con ello nos referimos a la posibilidad de aportar y actuar colaborativamente y siendo apoyo mutuo en momentos de especial dureza emocional. Y, por otro lado, como estímulo intelectual dialógico a la hora de desarrollar metodología, reflexionar y/o analizar el campo. Este ser dos se ha visto, en ocasiones, complementado y enriquecido por otras compañeras investigadoras que se han sumado a diferentes proyectos, complejizando y reforzando la discusión interdisciplinar. Esto no quiere decir que no realicemos etnografía de forma individual cada una. Más bien lo que queremos apuntar es que esta propuesta colaborativa ha podido amortiguar los impactos en nosotras.

Esta idea de superar el individualismo heroico nos permite enlazar con la apuesta por un “trabajar juntas” que extendemos a tantas otras que forman parte de la red que sustenta la posibilidad del trabajo etnográfico que desarrollamos. Una red integrada por las mujeres viajeras, las organizaciones especializadas que trabajan la temática y las compañeras amigas (académicas o no) en terreno. A continuación, profundizaremos en cada una de ellas para permitir un acercamiento sucinto a esta retícula vital que desarrolla estrategias de sostenimiento de la vida en etnografía.

La primera alianza, sin duda, es la establecida con las propias mujeres en movilidad y que son quienes viven de forma protagónica, y mayormente oculta, el *continuum* de la violencia. Los fondos de conocimientos (Moll, Amanti, Neff y González, 1992) que acumulan y que transfieren de unas a otras, se nos ofrecen en forma de estrategias cotidianas. Así, nuestra hora de salida de la zona de invernaderos en Huelva va a ser las cinco o las seis de la tarde aproximadamente, cuando ya suena música en la chabola que es bar y que se prepara para, presumiblemente, acoger prácticas de explotación sexual. Ellas cierran cuadernos, se levantan de los sillones reciclados de un vertedero y nos dicen algo parecido a un “ya se tienen que ir”. En Tegucigalpa, Honduras, una madre buscadora de desaparecidas llama a un “taxi seguro” cuyo conductor es un primo de una amiga. Nada más subir al coche, ella baja todas las ventanillas “para que vean que van conmigo” nos dice refiriéndose a la mara 18 que controla la colonia. Al llegar a la entrada de la calle un marero se sube al asiento de copiloto y mira a la etnógrafa y le dice que se baje con él. La madre buscadora le ríe la gracia mientras agarra mi mano “si eso pues bajamos las dos”. Y ya nada pasa.

La alianza con ellas o, mejor dicho, entre nosotras, establece relaciones de confianza que facilitan pautas claras protocolarias o ritmos del cotidiano esenciales: dónde dormir de forma segura, qué “tirón dar” para colocar el hueso de un dedo del pie, cuáles son los pasos ciegos en frontera, en qué lugar del bus tenemos que viajar para evitar las balaceras, cuándo tenemos que dejar de salir a la calle sin acompañamiento “porque ya saben lo que andan haciendo” (etnografía en contextos de mujeres silenciadas o ausentadas). Igualmente, en alguna ocasión nuestra propia presencia, con los privilegios que implica, ha podido servir de protección para ellas. Así, cuando nos dice una viajera que nos pongamos al teléfono para decirle al padre de su hijo que si vuelve a agredirla hablaremos con la policía porque somos “personas importantes de universidad”, pues eso somos.

El conjunto de experiencias cuidadoras derramadas a cada paso etnográfico nos hace reflexionar sobre si los roles que ellas ejercen se podrían embutir en términos como “porteras” o “informantes”. Los rebosan sin duda, pero qué inventar que las acoja. Así, de forma rápida consideramos que quizás “anfitrionas” se ajuste más por incluirle a las porteras la intención de cuidar nuestra estancia en lo suyo, en campo. Reconocemos así su lugar de protagonistas agenciadoras de un contexto y unas relaciones en permanente disputa.

Una segunda alianza clave, ya señalada, es aquella que establecemos entre investigadoras y otros agentes que también están allí tales como las organizaciones sociales. Esas a las que ofrecemos nuestras herramientas investigadoras al servicio de su labor, buscando acompasarnos a los ritmos y objetivos de los procesos amplios que desarrollan con las viajeras. En este encuentro colaborativo, sus protocolos de protección, nutridos de la experiencia en terreno, así como sus dispositivos de seguridad, han servido de salvaguarda ante las posibles violencias hacia la etnógrafa.

En esta propuesta de alianzas, en la que también incluimos a las redes ciudadanas o los colectivos feministas, se han desplegado prácticas extendidas sobre nuestros cuerpos que probablemente ni siquiera somos capaces de localizar. Un entramado que va desde aplicaciones telefónicas para una permanente geolocalización; al aviso sistemático, y a cualquier hora del día y de la noche, de las entradas y salidas de campo a una persona de confianza; o, la recepción de la fotografía con la ropa que llevamos puesta en los diferentes espacios-tiempos de riesgo, entre otras.

Organizaciones sociales que, por otro lado, se han convertido en parte de nuestros ojos, manos y oídos para hacer conjuntamente etnografías remotas, asíncronas, cuando la situación de inseguridad ha sido tal que ni siquiera era posible el desplazamiento al campo. En 2021 Malí vive dos golpes de estado y el viaje previsto se interrumpe porque se valora que nuestra presencia podía poner en riesgo a las compañeras en movilidad con las que trabajaríamos en terreno. Como respuesta a ello, surge un segundo proyecto a desarrollar con la ONG Mujeres en Zona de Conflicto donde las etnógrafas ahora serían un grupo extendido a lo largo de dos continentes, conformado por una investigadora de la Universidad de Bamako, una agente en terreno vinculada a la ONG y un grupo de diez mujeres participantes.

Y no podemos dejar de mencionar las alianzas con compañeras amigas (académicas o no) que rematan esas estructuras de protección. El término compañera, que proviene de la voz latina *cum panis*, “con pan”, nos indica “aquella persona con quien se comparte el pan”. Y podríamos ahora imaginar cuántas formas ha tomado ese “pan” metafórico para abarcar las diversas muestras de compromiso en el cuidado nuestro en terreno y, sobre todo, de las propuestas, apuestas o sueños que en ellos desplegamos apoyándonos en una etnografía. Fue *pan* una mochila más grande que la espalda que la portó, con una



cámara de video de Intermedia Producciones adaptable a las manos de tantas mujeres en terreno que así mismo la portaron. Pero, también fue *pan* las horas, los días que nos dedicaron para aprender su uso regaladas desde el lugar de los afectos y compromisos compartidos. Y por supuesto fue *pan* el pan con aceite y tomate en plato de loza y mesa de madera con frijol frito, o de mantel de hule, o recogido directamente de la hoguera, o sin mesa sentadas en el suelo frío de baldosas, o sin baldosas porque el suelo es de tierra, o bajo la tierra porque hoy comemos bocadillos aquí mismo donde se clava la pala de las buscadoras, o sin aceite o con aceite pero de palma que es rojo, o sin pan porque las compañeras en los asentamientos hoy hicieron *fufú* para la *egusi soup* con plátano, ñame y yuca, o sin tomate en el desfile de platos diversos hechos por muchas para que al llegar de terreno o de daños que nos rebotan dentro, haya conversación, escucha o silencios o vino o de alcohol nada porque “los hombres cuando beben se ponen violentos”.

En 2017, al salir del trabajo de campo en la Casa del Migrante de Saltillo (en Coahuila) una alumna de la profesora que nos recibió nos dio las llaves de su casa, “dejen que esta sea mi forma de apoyar lo que hacen”. Años después, al regreso de acompañar búsquedas, un temazcal de fuego vivo con piedras “abuelitas”, preparado por una amiga en Oaxaca, nos sacó las sogas con sangre o los restos óseos que nos bloqueaban la respiración con sus olores. Un maestro mezcalero, después de contarle que estábamos acompañando a las madres buscadoras porque ellas son la luz del fenómeno de la desaparición, sacó de una botella de vidrio que llevaba enterrada veinticinco años el licor con el que brindamos por ellas. El maestro nos dijo en zapoteco que su padre (también maestro) le había indicado en su juventud que sólo con “personas amigas” podría beber de ese mezcal.

Hasta hoy, seguimos encontrando billetes escondidos entre los libros de nuestra casa tras la visita de compañeras, o un saco de dormir transpirable con forro inferior para que puedas dormir “en cualquier sitio de esos”, o colectas improvisadas con la excusa de un cumpleaños o a partir de la venta de postales ilustradas por otra gran amiga. Todo ello es *pan* sin duda, todas ellas son compañeras amigas en cuidado y protección.

Mientras le pedíamos prestado a la memoria estos hitos vivenciales que hablan de alianzas no pudimos dejar de relacionar lo narrado con esas “comunidades emocionales” que Aida Hernández recoge de Myriam Jimeno (2010). Desde ahí, reconocemos estos vínculos interdependientes en sus distintas manifestaciones como “un ejercicio de autocuidado, sororidad y empatía, que nos ayuda a resistir colectivamente las afectaciones cotidianas que las violencias dejan en nuestros cuerpos y mentes” (Hernández, 2021, p. 49; contribución de la autora en este monográfico). Para nosotras, y en armonía con esta comunidad emocional, resulta necesario seguir pensando e inventando propuestas metodológicas que aspiran a generar espacios y herramientas que propicien una construcción colectiva del conocimiento. A ello añadimos, como señala la autora, la oportunidad que estos espacios de generación de conocimiento nos otorgan para dialogar nuestros miedos e incertidumbres como etnógrafas frente a una academia competitiva y neoliberal que nos aísla y separa cada vez más.

### Una metodología para cohabitar el campo

Si bien venimos hablando de la red generada por vínculos diversos entre las que habitamos las rutas, en este apartado nos gustaría abordar esas otras alianzas que consideramos base metodológica de nuestro trabajo. Para ello, proponemos analizar nuestro cómo hacer en campo desde tres parámetros: caminar y narrar con las viajeras, la escucha de objetivos y la producción de narrativas con resultados o artefactos establecidos desde las narradoras.

A la altura que estamos esperamos haber conseguido acercar a las personas lectoras a nuestro punto de partida metodológico que es habitar las rutas con las viajeras. Ello no sería posible sin esas migas (de pan, de compañeras) que ellas dejan para que nosotras caminemos siguiendo sus huellas. Ya hemos descrito, de alguna manera, los campamentos narrativos y su producción de cartografía de paisajes en los que se recogen puntos claves (geográficos, corporales u emocionales) de violencias y resistencias, y por ello territorios a etnografiar, territorios a ser narrados.

Esta etnografía multisituada tiene mucho que ver con la segunda alianza metodológica que busca poner siempre en escucha los objetivos que de partida (en permanente revisión) trazamos en nuestros proyectos con aquellos que diseñan las mujeres y/o las entidades con las que se vinculan. Quizás nuestro primer viraje de objetivos, y que tiene mucho que ver con la temática abordada en este artículo, fue aquel

que hicimos cuando partiendo de querer detectar las huellas de daños que las viajeras vinculadas a la trata de personas portan, acabamos investigando las huellas que precisamente ellas dejan en nuestras sociedades desde su accionar de vida y cuidados. Este cambio de paradigma puso panza arriba nuestros proyectos para, desde entonces, ubicarnos en una mirada del fenómeno desde los cuidados y el acompañamiento a las viajeras, desde las agencias y la co-construcción de sociedad.

Si esta escucha de objetivos la llevamos a un plano más concreto podemos hablar de la incorporación a nuestros proyectos de talleres de castellano en los asentamientos agrícolas de Huelva combinados con algunas sesiones improvisadas de gimnasia “para estar flaquita, así como tú”. O talleres de salud afectivo sexual en Almería o Sevilla donde las viajeras hablaron del “corte” a cuchilla que les habían hecho entre las piernas y sobre el hospital en Barcelona “que te lo pone bien y ya no duele igual”. O talleres de cocina en Algeciras o en Rabat donde, en colaboración con la organización Conseil des Migrants, recibieron el certificado de formación por la Escuela de Hostelería de Burgos (gracias nuevamente a dos personas amigas, cocineras y aliadas). Siguiendo el acopio de objetivos dialogados desde las protagonistas, estos talleres de cocina fueron también un espacio para facilitar narrativas biográficas desde las que detectar situaciones de alta vulnerabilidad y posible situación susceptible de protección internacional.

Más recientemente, la Red de Mujeres Supervivientes de la Ruta en Honduras nos solicitó apoyarles en el diseño metodológico de herramientas para las entrevistas que realizan a familiares de personas desaparecidas. Conformar una base de datos rigurosa (a la vez que de proceso altamente cuidado) fue la meta y con ellas realizamos tres experiencias piloto. En el caso de Milynali Red, en México, su propuesta consistió en la elaboración de una serie de cinco cortos documentales que narraran la labor del colectivo de búsqueda. Con ellas leímos el terreno y aprendimos (y se nos prendió en el sentido de fuego y en el sentido del abrazo) el significado del término “sitio de exterminio”.

En Las Palmas de Gran Canaria, propusimos de partida trabajar a través del teatro con un grupo de mujeres procedentes de Malí, Senegal, República Democrática del Congo, Guinea Conakry y Costa de Marfil, entre otros. Ellas llevaban demasiado tiempo inmovilizadas en las islas, con sus proyectos de vida retenidos y, en algunos casos, separadas de sus hijas e hijos a la espera de los resultados de la prueba de ADN. Cuando les hicimos la propuesta dijeron que les parecía bien, aunque sus cuerpos mostraban negación. Todo se desatascó cuando ellas tomaron el espacio y dijeron que lo que querían era escribir cartas. Cartas para que “las autoridades de este país” supieran quiénes eran cada una de ellas, qué pensaban y sentían, de dónde venían o de dónde huían y qué responsabilidad tenían los receptores de las misivas sobre sus contextos de daños (incluido el encierro canario). Cuando terminaron de escribirlas en francés, inglés y (con nuestro apoyo) en castellano, a propuesta de ellas, una a una se fotografió colocando junto a su rostro la denuncia.

A partir de este enredado de objetivos sentimos que nos vamos acercando, humildemente, a la investigación activista que plantea Charles Hale. Siguiendo al autor, con estas propuestas basadas en la escucha y en las alianzas no esperamos “reemplazar la búsqueda teórica de la comprensión de los procesos básicos por la resolución de problemas, sino más bien desarrollar una tercera categoría de investigación, la cual está teóricamente impulsada y a la vez destinada a ponerse en uso” (Hale, 2001, p. 13-14)

Si algo otorga sentido a estas destartaladas etnografías es poder ponerlas al servicio de las viajeras a las que reconocemos “faros narrativos” (Jorge, 2020) porque con sus relatos alertan sobre las violencias a la vez que iluminan posibles futuros otros. También futuros otros en nuestras formas de investigar, de entrar en campo con ellas. Si realmente hemos desarrollado una escucha activa y ética podremos leer los mapas que para cada una de nosotras han trazado. Practicar esta escucha y facilitar el vínculo armónico (en ocasiones también desafinado) entre objetivos de vida, de investigación y de activismo ha sido un desafío que nos reta a la permanente revisión metodológica, así como a una predisposición al aprendizaje contextualizado y encarnado.

Desde el deseo de apoyar la generación de esos faros narrativos (Jorge, Op.cit), nos convertimos en ocasiones en investigadoras *bricoleur* (Denzin y Lincoln, 1994) que ensamblan artilugios para facilitar la elaboración de las imprescindibles pequeñas historias de las caminantes. Para ello, hemos propuesto espacios de producción narrativa (Balasch y Montenegro, 2003) sentadas con ellas en un trozo de latón sobre una piedra en la acera nocturna de un polígono industrial, o bajo los plásticos reutilizados para una chabola en los asentamientos agrícolas, en una guagua parada en un retén militar o en un tranquilo salón de una Casa del Migrante. En esos y muchos otros lugares, juntas derramamos letras, nos fotografiamos

las partes del cuerpo que nos representan, estiramos piernas y cuello haciendo equilibrios de a dos, hablamos a cámara desde el anonimato para hacer un documental que viaje lejos y llegue a las escuelas en sus países de origen, o recortamos “peces sin un ala” porque “las migrantes en la ruta son como peces que bucean en los ríos escondiéndose para poder avanzar. Pero peces sin un ala, porque la van perdiendo de tantas cosas que desde pequeñas les hacen a las mujeres” (CN, 2022).

Este agenciamiento de los objetivos de investigación por parte de las participantes entendimos que debía cobrar relevancia en cuanto al sentido que tenía para las viajeras contar sus historias. Para ello, cuestionamos juntas el mandato de narrarse impuesto por unos protocolos (policiales o de las propias entidades sociales) que muchas veces desoyen o minimizan los condicionantes del discurso de los que ellas pueden estar partiendo (control social, amenazas por parte de las estructuras que le facilitaron el viaje o el sustento en destino, imposibilidad de narrar episodios de daño, etc.). Ya hemos señalado en este trabajo como las mujeres perciben la ruta como una escuela de silencios relacionada directamente con las violencias correctivas. Pero, el comienzo de ese control del discurso ellas lo localizan mucho antes, en sus territorios de origen por el hecho de nacer niña. Entonces, “tendrás que hacer cosas distintas, inferiores. Y te harán cosas distintas, peores a ti y a tu cuerpo” (Jorge, Monday y Antolínez, 2021, p.17).

Vinculado a esa dificultad considerable para narrarse tenemos que señalar la imagen que se espera que proyecten las mujeres en movilidad en sus relatos, su comportamiento y sus objetivos vitales. Nos referimos a la imagen de “sujeto sufriente” (Robbins, 2013) del *continuum* de violencias mencionado (sin capacidad o con ella, pero claramente mermada para la confrontación).

Consideramos, recogiendo las palabras de Aida Hernández, que la representación de las violencias y las resistencias ha de ser “un tema de reflexión política colectiva, en el que resultan fundamentales las voces, las experiencias y los deseos de las actrices sociales con quienes se trabaja”. Y de ello debemos partir para conseguir generar resultados que buscando alcanzar sus propios objetivos propongan “maneras más creativas y participativas” (Hernández, 2021, p. 45) de diseminarse en el discurso social.

### Co-construcción de resultados desde una pedagogía de retales

En ese sentido, queremos destacar la importancia de las alianzas también para la difusión de resultados, dándole un lugar específico en nuestros compromisos metodológicos. Reconocemos en cada relato de las mujeres la agencia narrativa que confronta los silenciamientos impuestos. Cada historia es un retal y lo nombramos así queriendo destacar su condición de relato rasgado, desechado, no escuchado o ausentado. Y retales también, porque en esencia al ser narrado viajará buscando encontrarse con otro retal y con otro más para conformar el tapiz dialógico sobre la temática en el que no falte ningún discurso. El mandato del que partimos para hacer esta recolección de historias es generar una “pedagogía de retales” que precisamente confronte la historia única y todo aquello que sostiene la pedagogía de la crueldad.

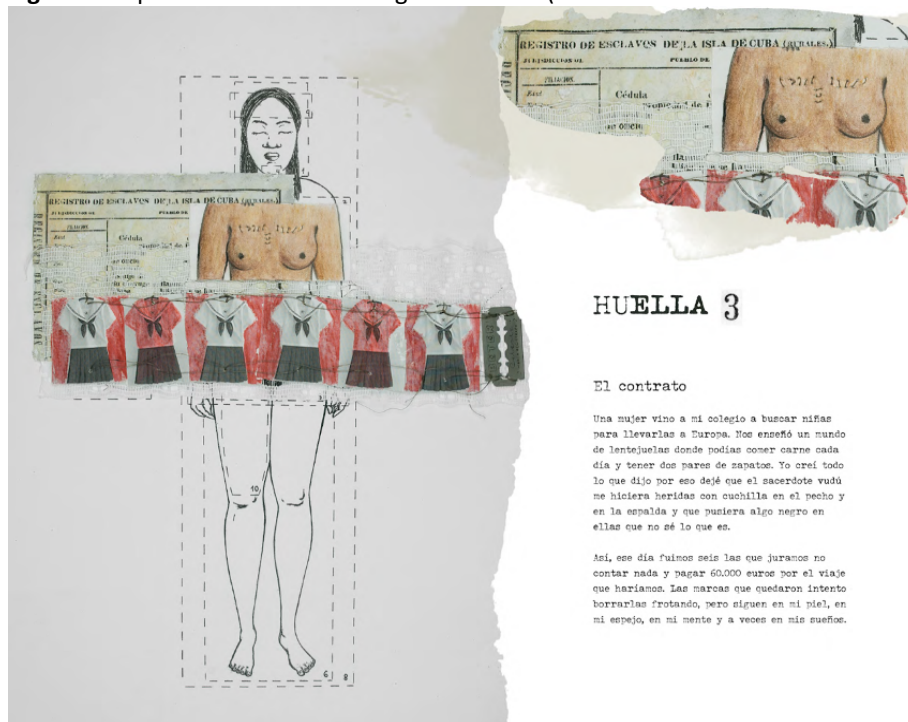
En 2015, realizando trabajo de campo en Casablanca y teniendo prevista la primera estancia en Nigeria, le preguntamos a las viajeras qué podíamos hacer nosotras en ese país que en aquel momento estaba señalado como la primera nacionalidad en trata de personas con fines de explotación sexual en el Estado español. Una de ellas dijo “cuenten la verdad” y luego otras repitieron el mensaje. Así, el mandato estaba formulado. A partir de ese momento cogimos la cámara de vídeo y en todo taller de producción de narrativas que hicimos se propuso a quien quisiera aportar a esa construcción de “verdad” que era el conjunto de experiencias reflexionadas. El resultado del mandato fue el documental *Irioweniasi. El hilo de la luna* (2018). El retal audiovisual ha viajado a más de quince países, ganado seis festivales y un año y medio después de su presentación había superado los cien video fóruns (a los cuales hemos intentado asistir) Hoy tiene vida propia y ya no sabemos en qué rincón se puede estar escuchando (ni en qué idioma) a Blessing, su protagonista que, en nombre de muchas, nos dice: “por eso he contado mi historia, porque yo no quiero que ellas vengán sufriendo como yo sufrí en el camino”.

Este ejercicio de agencia narrativa colectiva (Antolínez y Jorge, 2020) conllevó un reto ético, académico y estético. Lo sentimos en alguna medida en consonancia con la lucha epistemológica que plantea Nancy Scheper-Hughes cuando apunta que “el desafío es hacer que nuestra disciplina sea más relevante y no opresiva para las personas que estudiamos” (Scheper-Hughes, 1995, p. 229-230).

El formato de resultado a partir de una etnografía audiovisual se repetiría años más tarde para responder a las buscadoras de personas desaparecidas en México, *Cernir el eco* (2023) y a las narradoras de la Caravana de madres buscadoras centroamericanas, *Peces sin un ala* (2024).

En el caso del libro ilustrado *Decálogo de huellas* (2021), Akhere Monday nos dijo: “Yo quisiera ayudar a las chicas de mi país”. Y añadió: “Yo no tengo dinero, pero tengo la palabra, la palabra es más” (Akhere Monday, 2019). La captación de chicas de corta edad es una característica de la trata nigeriana, más aún en aquel momento. Akhere tuvo claro que lo que debería hacer era generar un libro ilustrado, con imágenes grandes y claras que alertaran de las violencias, y luego apoyarlas con un pequeño texto. La historia de Akhere se estructuró a partir de las 10+1 huellas o cicatrices que su piel porta, conformándose así 11 capítulos. En sus propias palabras: “si trazas líneas rectas sobre mi piel para capturar las huellas que dejaron estos daños queda un despiece [...] el cual quizás te evoque alguna ilustración de las que cuelgan de las paredes de las carnicerías” (Jorge, Monday y Antolínez, 2021, p. 10). El libro fue traducido al inglés pidgin y está en versión ebook en abierto para que toda niña o joven en Nigeria pueda leerle las huellas.

**Figura 4:** Capítulo 3 del libro *Decálogo de Huellas* (está en abierto en versión ebook)



Fuente: Jorge, Monday y Antolínez (2021)

Las ilustraciones originales del libro están siendo expuestas, aireadas en la instalación “Ventanas para un paisaje corporal de huellas”. Se lee en el texto que acompaña la pieza y la describe: “Un mueble, una escribanía se cuartea las maderas para hacerse ventanas que aireen los retales de la historia que narra la joven viajera con la frente llena de memoria suya y de otras que también caminaron África” (2023). La instalación inauguró el Festival Iberoamericano de Teatro de Cádiz de 2023 y se ha desplegado en diversas universidades, institutos, centros vecinales o encuentros literarios. Invitando a ser ocupada, manipulada, leída. Le han abierto y cerrado los cerrojos y las contraventanas, le han reformulado las ilustraciones generando nuevas narrativas en collages, se han producido postales desde el mensaje sanador de las huellas, y sus maderas se han crujido (y hasta hoy se crujen) en cada traslado en furgoneta reconociéndose material basto, base de embalaje de mercancía, retal de árbol, portador de retales de mujer viajera.

### Conclusiones: Alianzas para definir alianzas

Hemos intentado esbozar en este artículo años de una etnografía afanada en recolectar los relatos de las transitadoras del *continuum* de violencias e igualmente del *continuum* de resistencias.

Para atender a la petición de este monográfico y revisar las agresiones que nuestros cuerpos de mujer viven en las rutas migratorias y los territorios fronterizos (como escenarios altamente violentadores) hemos optado por hacerlo desde la revisión de las estrategias desarrolladas entre todas para



confrontarlas y minimizarlas. Por ello, hemos compartido las distintas formas (o deformaciones) de alianzas en nuestro accionar.

Así, hablamos de alianzas entre las investigadoras para habitar el campo de forma colaborativa, alejadas de la individualidad. Igualmente, recogemos la alianza fundamental y destacada entre las investigadoras y las mujeres viajeras. Estas últimas como protagonistas experienciales de la temática y portadoras de la urgencia de cambio que conlleva acarrear las huellas principales del daño. Como personas sabias que han acumulado conocimiento (dotado de posibilidad de futuro distinto, creativo) y que lo ofrecen para des-aturdir con ello nuestras sociedades cebadas en los privilegios.

Alianzas entre las investigadoras y las entidades en terreno que igualmente trabajan con las viajeras y, entendemos, hacen partir sus iniciativas de las de ellas. Con estas organizaciones hemos desarrollado y desarrollamos propuestas dialogadas que nos acercan a un trabajo de campo antes de pisarlo y mientras lo hacemos. Sus protocolos y sus recursos nos saltan a la cara para proponernos formas de cuidados que en ocasiones obviamos o, simplemente ignoramos. Y alianzas entre las compañeras en general que nos abren y nos cuidan los caminos para que podamos permanecer en el estar etnográfico sustentadas por los afectos, la escucha y/o el compromiso compartido.

Y, por último, las alianzas en el ámbito metodológico que, a la vez que nos permiten hablar de objetivos dialogados con las viajeras, prioricen las aspiraciones y reclamos de estas. De esta manera, entendemos que es posible potenciar la producción de narrativa desde las mujeres participantes buscando juntas crear resultados o artefactos al servicio de dichas metas.

Pero, quizás deberíamos haber comenzado preguntándonos qué contiene el término alianza al que hacemos referencia. Cómo lo nombrarían las viajeras y en dónde o con quién lo agotarían. Acogernos a él ha surgido de la reflexión y redacción de este texto. Probablemente debería asustarnos el hecho de habernos dado cuenta en este momento final que uno de los conceptos centrales de la argumentación no está dialogado, dibujado o fotografiado (como probablemente hubiéramos propuesto para su análisis colectivo). Quizás, este atrevimiento vuelve a ser (además de una torpeza más) una oportunidad para imaginar cómo plantear estas dudas en terreno. Cómo colocarlo en campo, ensuciarlo en campo. Cómo acercar a las transitadoras el concepto alianza del que partimos, para proponerles regalarnos la posibilidad de desmontarlo y re-pensarlo con ellas. Como tarea nos llevamos entonces, comenzar a imaginar nuevos campamentos narrativos que problematicen las “alianzas” desde los relatos situados de las caminadoras y narradoras de mundo.

## Bibliografía

- Antolínez, I. y Jorge, E. (2020). Mujeres migrantes nigerianas en confrontación con la trata de personas. La agencia narrativa. *Revista Migraciones*, 48, 79-104. <https://doi.org/10.14422/mig.i48y2020.004>
- Antolínez, I. y Jorge, E. (2021). *Señales y Señalamientos. Las viajeras del África occidental*. Informe de investigación. Mujeres en Zona de Conflicto. DOI:10.13140/RG.2.2.25301.91366
- Antolínez, I. y Jorge, E. (2024). The continuum of violence and interstices in the journeys and bodies of women on the move from West Africa. *Violence Against Women*. DOI: 10.1177/10778012241263107
- Anzaldúa, G. (2016). *Borderlands / La Frontera: The New Mestiza*. Madrid: Capitán Swing Libros, S.L.
- Balasch, M. y Montenegro, M. (2003). Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas. *Encuentros en Psicología Social*, 1(3), 44-48.
- Berry, M., Chávez, C., Cordis, S., Ihmoud, S. y Velásquez E. (2017). Towards a fugitive anthropology: Gender, race, and violence in the field'. *Cultural Anthropology*, 32(4), 537-565.
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J., Gambetti, Z. y Sabsay, L. (2016). *Vulnerability in Resistance*. Durham: Duke University Press.
- Cockburn C. (2004). The continuum of violence: A gender perspective on war and peace. En Giles W., Hyndman J. (Eds.), *Sites of violence. Gender and conflict zones* (pp. 24-44). Berkeley: University of California Press.
- Das, V. (2006). *Life and Words: Violence and the Descent into the Ordinary*. Berkeley: University of California Press.
- Denzin, N. y Lincoln, Y. (1994). Introduction: Entering the Field of Qualitative Research. En Denzin, N. K., Lincoln (eds.) *Handbook of Qualitative Research* (pp. 1-17). California, CA: Sage Publications.
- Esteban, M. L. (2004). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Barcelona: Bel-laterra.
- Fineman M. (2008). The vulnerable subject: Anchoring equality in the human condition. *Yale Journal of Law & Feminism*, 20(1), 1-23.

- Glick Schiller N. y Salazar N. B. (2013). Regimes of mobility across the globe. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 39(2), 183-200. <https://doi.org/10.1080/1369183X.2013.723253>
- Gregorio, C. (2019). Explorar posibilidades y potencialidades de una etnografía feminista. *Disparidades, Revista de Antropología*, 74(1), e002a. <https://doi.org/10.3989/dra.2019.01.002.01>
- Hale, Ch. (2001). What is activist research. *Social Science Research Council*, 2 (1-2), 13-15.
- Hernández Castillo, R. A. (2021) Etnografía feminista en contextos de múltiples violencias. *Alteridades*, 31(62), 41-55.
- Jimeno, M. (2010). Emociones y política. La 'víctima' y la construcción de comunidades emocionales. *Mana: Estudios de Antropología Social*, 16(1), 99-121.
- Jorge, E. (2020). *Las viajeras nigerianas, constructoras de faros narrativos en la ruta de los silencios impuestos. Una educación de retales* [Tesis doctoral]. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Jorge, E. y Antolínez, I. (2018). Rebuscando los miedos fabricados en la ruta migratoria con jóvenes y mujeres nigerianas que cruzan la frontera sur española. En A. Cortés y J. Manjarrez (Eds.) *Género, Migraciones y Derechos Humanos* (289-318). Barcelona: Bellaterra.
- Jorge, E., Antolínez, I. y Alonso, A. (2020). ¿Pueden hablar las «víctimas» de trata? Una etnografía multisituada sobre la construcción del silencio y su confrontación en la trata de mujeres nigerianas con fines de explotación sexual. *AIBR*, 15(3), 463-489.
- Jorge, E., Monday, A. y Antolínez, I. (2021). *Decálogo de Huellas*. Valencia: Tirant Lo Blanch.
- Jorge, E. y Antolínez, I. (2023). Un libro ilustrado saltando fronteras para un aprendizaje entre pares. En F. Trujillo y B. Cortina-Pérez (coords.), *Estudios sobre y desde la frontera* (pp. 126-144). Madrid: Dykinson.
- Juliano, D. (2000). Mujeres estructuralmente viajeras: estereotipos y estrategias. *Papers*, 60, 381-389.
- Juliano, D. (2005). El trabajo sexual en la mira: Polémica y estereotipos. *Cuadernos Pagu*, 25, 79-106.
- Kelly L. (1988). *Surviving Sexual Violence*. Cambridge: Polity Press.
- Kloß, S. T. (2017). Sexual(ized) harassment and ethnographic fieldwork: A silenced aspect of social research. *Ethnography*, 18(3), 396-414
- Lagarde M. (2008). Antropología, feminismo y política: violencia feminicida y derechos humanos de las mujeres. En Bullen M., Diez C. (Eds.), *Retos teóricos y nuevas prácticas* (pp. 209-239). Ankulegi.
- Lawrence B. y Karim A. (2007). *On Violence: A Reader*. Durham: Duke University Press.
- Mahmood, C. K. (2008). Anthropology from the Bones: A Memoir of Fieldwork, Survival, and Commitment. *Anthropology and Humanism*, 33(1-2), 1-11.
- Manjoo R. (2012). The continuum of violence against women and the challenges of effective redress. *Int. Human Rights Law Rev*, 1(1), 1-29. <https://doi.org/10.1163/22131035-00101008>
- Marcus, G. (2014). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, (22), 111-127. <https://alteridades.izt.uam.mx/index.php/Alte/article/view/388>
- Moll, L. C., Amanti, C., Neff, D. & González, N. (1992). Funds of Knowledge for Teaching: Using a Qualitative Approach to Connect Homes and Classrooms. *Theory into Practice, Qualitative Issues in Educational Research*, 31(2), 132-141.
- Pollard, A. (2009). Field of screams: Difficulty and ethnographic fieldwork. *Anthropology Matters*, 11(2), 1-24.
- Robbins, J. (2013). Beyond the suffering subject: Toward an anthropology of the Good. *Journal of the Royal Anthropological Institute*, (19)3, 447-462.
- Russell J., Radford D. E. H. (1992). *Femicide. The Politics of Woman Killing*. Nueva York: Twayne Publishers.
- Scheper-Hughes, N. (1983). The problem of bias in androcentric and feminist anthropology., *Women's Studies*, 10(2), 109-116.
- Scheper-Hugues, N. (1995). The Primacy of the Ethical: Propositions for a Militant Anthropology. *Current Anthropology*, 36(3), 409-440.
- Segato R. L. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia*. Bernal: University of Quilmes.
- Segato R. L. (2018). *Contrapedagogías de la crueldad*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Sharp, G. y Kremer, E. (2006). The safety dance: Confronting harassment, intimidation, and violence in the field. *Sociological Methodology*, 36, 317-327.
- True J. (2020). Continuums of violence and peace: A feminist perspective. *Ethics & International Affairs*, 34(1), 85-95. <https://doi.org/10.1017/S0892679420000064>
- Yadav P. y Horn D. (2021). Continuums of violence. Feminist peace research and gender-based violence. En Väyrynen T., Parashar S., Féron É, Confortini C. C. (Eds.), *Routledge handbook of feminist peace research* (pp. 105-114). Londres: Routledge.